

los animales irracionales, como con los que están adornados de razon!

F. M. de Molina.

QUINTO.

EL BARQUERO Y EL ESTUDIANTE.

Habia un barquero de avanzada edad, que pasó su juventud en correr tierras, y por ser de talento despejado, supo adquirir cierta elocuencia, que acompañada de su lógica natural le proporcionó en la comarca el renombre de *El tio Saberes*. En la barraca que habitaba al lado del rio, tenia destinado un pequeño cuarto para dar audiencia á los que iban á consultarle, y lo cierto es que satisfacía á todos, y sus pronósticos ó resoluciones eran espresados en términos ambiguos, que como el oráculo de Delfo, le dejaban siempre una callejuela para salir airoso.

Un estudiante, para acortar el camino que le llevaba á su pueblo, emprendió otro en que era preciso pasar por la barca y satisfacer el importe al *tio Saberes*; pero habia la dificultad de que éste era cobrador muy rígido, y aquel no tenia una blanca. Confiado sin embargo en los recursos de la agudeza, se propuso conseguir el paso valiéndose de algun ardid. Llegó á la barraca y con mil cortesias se dirigió al Caronte, á quien nunca faltaban tertulianos, y le dijo. —Salud y gracia al Salomon de este pais; y beso las manos á estos señores.—Dios guarde á V. amigo (este no tiene un cuarto, dijo el Saberes callandito á su vecino) ¿qué se le ofrece? —Poca cosa para V. y mucha para mi. Si no estuviese muy ocupado desearia consultarle un asunto que me tiene loco; y como la fama ha publicado en infinitas partes el alto saber de V., me hé tomado la libertad de venir á molestarle. —Si no es cosa reservada puede V. decir lo que guste porque estos son amigos de toda mi confianza. —Es el caso que hemos hecho una apuesta otro compañero y yó, sobre un acertijo que nos propuso una señorita, y mañana cumple el término de los tres días

prefijados para manifestar nuestra opinion: y por mas que me hé devanado los sesos, no he podido dar pié con bola; y para no omitir medio de quedar airoso, he andado cuatro leguas por ver si V. tiene la bondad, contando con mi reconocimiento, de sacarme del apuro.

—Quedo enterado; pero antes que se moleste en decirme el acertijo, desearia que con franqueza me manifestase si la venida de V. por acá no trae otra mira.—Nada absolutamente.—Diga pues. —Se trata de saber (el tuno lo sabia) cual es el animal que al principio de su vida anda en cuatro pies, despues en dos, y á lo último en tres. —Peliaguda es la preguntilla, dijo uno. —Vaya con la señorita, no será lerdá, repuso otro; y cada cual discurria y manifestaba lo que le parecia sobre el particular.

El tio Saberes cruzó los brazos contra el pecho, inclinó la cabeza, y con ademan pensativo, no profirió palabra hasta que cesaron de hablar los tertulianos; y entonces dijo. «Ya está.» Todos al instante fijaron la vista en él, y tomándo posturas de admiracion, esperaban que continuase el oráculo. —Pues señores, opino que lo antedicho cuadra perfectamente al *hombre*; porque cuando niño anda á gatas, despues en dos pies, y viejo ya en tres, pues que necesita del apoyo de un baston ó muleta. —Bien, bien! —Ello és. —Como de molde. —Si és un sábio. —No hay quien le dé.—Gritó la reunion.

El estudiante se manifestó muy satisfecho y con un sin número de piropos expresó su alegria; pero por dentro andaba la procesion por no haber conseguido su objeto: y despues de haber dado un millon de gracias al Saberes le hizo presente que le era preciso llegar antes del anochever á su pueblo, y que esperaba tuviese tambien la bondad de pasarlo, para evitarle el rodeo de ir á pasar el puente. —Ahora mismo, dijo el barquero; pero V. sabe que se paga en el acto. —Ah.... corriente, repuso el estudiante, y haciéndo como que iba á sacar el dinero, despues de registrarse todo diferentes veces, exclamó ¡*Volaverunt!* ¡Bendito sea Santo Tomás de Aquino! Se me ha perdido el bolsillo, pero desde luego doy á V. mi palabra de honor que mañana sin falta tendrá V.